niones, difícil es establecer una teoría, cuya aplicación pueda servir para la resolución de las cuestiones que ocurren entre las dos potestades; porque siendo distintos los principios de que parten las escuelas, son también de distinta índole las facultades que conceden á cada uno de los poderes. No obstante, sino para la imposible resolución de estas cuestiones de escuela, al menos para la inteligencia de los principios que deben guiar al canonista en puntos tan delicados; sin mezclarme en los negocios, cuyo conocimiento corresponde según unos, á la autoridad eclesiástica y según otros á la temporal (1), sin deta-

bien en principio absoluto pueden sostenerse las doctrinas con que se impugna el ejercicio de las prerogativas del poder temporal, no puede ser así cuando se trata de su aplicación á los países cuyos sumos imperantes son protectores de la Iglesia, y esta sociedad santa goza de privilegios y honores que no son esenciales á su existencia y que trae su origen únicamente de la ley civil. No puede pues admitirse bajo el punto de vista del derecho positivo, el sistema de los nuevos canonistas que, teniendo como su fundamento un principio abstracto, sacan de él consecuencias que están en oposición con el estado del sacerdocio y del imperio, ya se consideren los tiempos antiguos, ya la edad media, ya finalmente la marcha de las sociedades modernas. Puede verse sobre estas materias, Philips, del derecho eclesiástico en sus principios generales, lib. I, cap. 40, párrafos desde el 90 hasta el 124; en los que desenvuelve su sistema, negando á la autoridad temporal toda intervención en las personas y cosas eclesiásticas, sostiene la subordinación del poder temporal al espiritual y desenvuelve históricamente, según sus principios, la situación de la Iglesia con respecto á los estados paganos y católicos.

(1) Es indudable que la mayor parte de los escritores alemanes de la última mitad del siglo pasado y algunos de principios del presente, queriendo sistematizar los límites de la potestad temporal con respecto á las cosas y personas eclesiásticas, hicieron una minuciosa enumeración de los derechos de los príncipes, expresando las cosas que les están prohibidas, las que tienen obligación de hacer, y los derechos que les corresponden; método el menos á propósito en mi opinión para conseguir el fin que se proponían. El cotejo de los tratados de estos autores, con las opiniones anteriormente dominantes y las sostenidas después por